



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 6 de diciembre de 2000

Cooperar a la llegada del reino de Dios en el mundo

1. En este año del gran jubileo, el tema de fondo de nuestras catequesis es la gloria de la Trinidad, tal como se nos reveló en la historia de la salvación. Hemos reflexionado sobre la Eucaristía, máxima celebración de Cristo presente bajo las humildes especies del pan y del vino. Ahora queremos dedicar algunas catequesis al compromiso que se nos pide para que la gloria de la Trinidad resplandezca plenamente en el mundo.

Y nuestra reflexión toma como punto de partida el evangelio de san Marcos, donde leemos: "Marchó Jesús a Galilea; y proclamaba la buena nueva de Dios, diciendo: "El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios está cerca; convertíos y creed en el Evangelio"" (Mc 1, 14-15). Estas son las primeras palabras que Jesús pronuncia ante la multitud: contienen el núcleo de su Evangelio de esperanza y salvación, el anuncio del reino de Dios. Desde ese momento en adelante, como observan los evangelistas, "recorría Jesús toda Galilea, enseñando en sus sinagogas, proclamando la buena nueva del Reino y curando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo" (Mt 4, 23; cf. Lc 8, 1). En esa línea se sitúan los Apóstoles, al igual que san Pablo, el Apóstol de las gentes, llamado a "anunciar el reino de Dios" en medio de las naciones hasta la capital del imperio romano (cf. Hch 20, 25; 28, 23. 31).

2. Con el Evangelio del Reino, Cristo se remite a las Escrituras sagradas que, con la imagen de un rey, celebran el señorío de Dios sobre el cosmos y sobre la historia. Así leemos en el Salterio: "Decid a los pueblos: "El Señor es rey; él afianzó el orbe, y no se moverá; él gobierna a los pueblos rectamente"" (Sal 96, 10). Por consiguiente, el Reino es la acción eficaz, pero misteriosa, que Dios lleva a cabo en el universo y en el entramado de las vicisitudes humanas. Vence las

resistencias del mal con paciencia, no con prepotencia y de forma clamorosa.

Por eso, Jesús compara el Reino con el grano de mostaza, la más pequeña de todas las semillas, pero destinada a convertirse en un árbol frondoso (cf. *Mt* 13, 31-32), o con la semilla que un hombre echa en la tierra: "duerma o se levante, de noche o de día, el grano brota y crece, sin que él sepa cómo" (*Mc* 4, 27). El Reino es gracia, amor de Dios al mundo, para nosotros fuente de serenidad y confianza: "No temas, pequeño rebaño –dice Jesús–, porque a vuestro Padre le ha parecido bien daros a vosotros el Reino" (*Lc* 12, 32). Los temores, los afanes y las angustias desaparecen, porque el reino de Dios está en medio de nosotros en la persona de Cristo (cf. *Lc* 17, 21).

3. Con todo, el hombre no es un testigo inerte del ingreso de Dios en la historia. Jesús nos invita a "buscar" activamente "el reino de Dios y su justicia" y a considerar esta búsqueda como nuestra preocupación principal (cf. *Mt* 6, 33). A los que "creían que el reino de Dios aparecería de un momento a otro" (*Lc* 19, 11), les recomienda una actitud activa en vez de una espera pasiva, contándoles la parábola de las diez minas encomendadas para hacerlas fructificar (cf. *Lc* 19, 12-27). Por su parte, el apóstol san Pablo declara que "el reino de Dios no es cuestión de comida o bebida, sino –ante todo– de justicia" (*Rm* 14, 17) e insta a los fieles a poner sus miembros al servicio de la justicia con vistas a la santificación (cf. *Rm* 6, 13. 19).

Así pues, la persona humana está llamada a cooperar con sus manos, su mente y su corazón al establecimiento del reino de Dios en el mundo. Esto es verdad de manera especial con respecto a los que están llamados al apostolado y que son, como dice san Pablo, "cooperadores del reino de Dios" (*Col* 4, 11), pero también es verdad con respecto a toda persona humana.⁴ En el Reino entran las personas que han elegido el camino de las bienaventuranzas evangélicas, viviendo como "pobres de espíritu" por su desapego de los bienes materiales, para levantar a los últimos de la tierra del polvo de la humillación. "¿Acaso no ha escogido Dios a los pobres según el mundo –se pregunta el apóstol Santiago en su carta– para enriquecerlos en la fe y hacerlos herederos del Reino que prometió a los que le aman?" (*St* 2, 5). En el Reino entran los que soportan con amor los sufrimientos de la vida: "Es necesario que pasemos por muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios" (*Hch* 14, 22; cf. *2 Ts* 1, 4-5), donde Dios mismo "enjuagará toda lágrima (...) y no habrá ya muerte ni llanto ni gritos ni fatigas" (*Ap* 21, 4). En el Reino entran los puros de corazón que eligen la senda de la justicia, es decir, de la adhesión a la voluntad de Dios, como advierte san Pablo: "¿No sabéis acaso que los injustos no heredarán el reino de Dios? ¡No os engañéis! Ni los impuros, ni los idólatras, ni los adúlteros, (...) ni los avaros, ni los borrachos, ni los ultrajadores, ni los rapaces heredarán el reino de Dios" (*1 Co* 6, 9-10, cf. 15, 50; *Ef* 5, 5).

5. Así pues, todos los justos de la tierra, incluso los que no conocen a Cristo y a su Iglesia, y que, bajo el influjo de la gracia, buscan a Dios con corazón sincero (cf. *Lumen gentium*, 16), están llamados a edificar el reino de Dios, colaborando con el Señor, que es su artífice primero y decisivo. Por eso, debemos ponernos en sus manos, confiar en su palabra y dejarnos guiar por él

como niños inexpertos que sólo en el Padre encuentran la seguridad: "El que no reciba el reino de Dios como niño –dijo Jesús–, no entrará en él" (*Lc 18, 17*).

Con este espíritu debemos hacer nuestra la invocación: "¡Venga tu reino!". En la historia de la humanidad esta invocación se ha elevado innumerables veces al cielo como un gran anhelo de esperanza: "¡Venga a nosotros la paz de tu reino!", exclama Dante en su paráfrasis del Padrenuestro (*Purgatorio XI, 7*). Esa invocación nos impulsa a dirigir nuestra mirada al regreso de Cristo y alimenta el deseo de la venida final del reino de Dios. Sin embargo, este deseo no impide a la Iglesia cumplir su misión en este mundo; al contrario, la compromete aún más (cf. *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 2818), a la espera de poder cruzar el umbral del Reino, del que la Iglesia es germen e inicio (cf. *Lumen gentium*, 5), cuando llegue al mundo en plenitud. Entonces, como nos asegura san Pedro en su segunda carta, "se os dará amplia entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo" (*2 P 1, 11*).

Saludos

Saludo con afecto a todos los peregrinos de lengua española, especialmente a la Cofradía de Jesús Nazareno de Cartagena, y a la fundación Tonino Coscarelli. Que vuestra peregrinación jubilar en este Año santo os ayude a exclamar con fe la invocación "¡Venga tu Reino!", que Cristo nos enseñó, y a trabajar con todas vuestras fuerzas para apresurar esa venida.

(En eslovaco)

Queridos hermanos, vais a cruzar las Puertas santas de las basílicas romanas. Pasar por la Puerta santa significa reconocer que Jesucristo es el Señor, fortaleciendo la fe en él, para vivir la nueva vida que nos ha dado.

(En italiano)

Saludo ahora a los *jóvenes* aquí presentes. Os exhorto a alimentaros a menudo con el pan de vida que Cristo multiplica cada día en las mesas de la Iglesia. Con viva amistad me dirijo ahora a vosotros, queridos *enfermos*, invitándoos a mirar a Cristo, que en este tiempo de Adviento esperamos como el que ha de venir. Ofrecedle con gran fe vuestros sufrimientos, para participar también en su gloria. Y a vosotros queridos recién casados, a quienes saludo con verdadera cordialidad, alimentad vuestra vida acudiendo siempre a María, Madre y Virgen Inmaculada. Os acompañe a todos mi bendición.